



EL ASALTO
A LA RAZÓN

Carlos Marín

Deserciones e incorporaciones

Porque nada indica que se haya reducido la tendencia, es muy probable que en los dos años recientes las bandas criminales hayan aumentado su capacidad bélica con la contratación de unos nueve mil ex militares.

Como reveló *MILENIO* a principios del año pasado, tres de cada diez desertores del Ejército, la Fuerza Aérea y la Marina se incorporan a organizaciones delictivas, y en lo que va del gobierno de Felipe Calderón suman ya 27 mil 381 los ex soldados que (sin realizar trámite alguno para su baja ni porque hubiesen pasado a las fuerzas de reserva) cayeron en el deshonor.

Basados en los enfrentamientos, las detenciones y el trabajo de inteligencia relacionados con secuestros, asaltos y narcotráfico, los aparatos de seguridad del Estado llegaron a esa perturbadora conclusión con lo detectado entre 2002 y 2008.

El problema de que activos con el mejor entrenamiento profesional en el uso de armas pasen a engrosar las filas del crimen se complementa y agrava con los policías

municipales, estatales y federales que trabajan para las pandillas, de los cuales no hay una sola referencia confiable: de los 380 mil que hay en el país, apenas este año comenzó a levantarse un registro nacional.

Según el informe de la Comisión de Defensa Nacional de la Cámara de Diputados dado a conocer ayer (también en este diario), en estos dos años emigraron de las Fuerzas Armadas 46 mil 383 efectivos, de los cuales 11 mil 515 pasaron a la reserva, tres mil 970 a retiro, dos mil 890 solicitaron su baja por motivos personales y 393 fallecieron.

Los 27 mil 381 que desertaron en ese lapso representan 59 por ciento del total.

El número de ex militares que en esos dos años pudieron haber sido reclutados por las bandas es mayor que la cifra de pandilleros ejecutados en las guerras territoriales ocurridas en el mismo lapso: dos mil 773 en 2007 y cinco mil 660 en 2008.

Los otros siete de cada diez desertores (muchos se van a Estados Unidos) se dedican a ocupaciones lícitas (algunas relacionadas con seguridad pública y privada) para ganar más dinero.

Y es que, aunque la pobreza no justifica ni conduce de manera fatal a la delincuencia, la desertión se da en un ámbito como el de la milicia, donde prevalece la precariedad de las percepciones (poco más de cinco mil pesos mensuales para los elementos de tropa).

Por lo general, los desertores fueron soldados de bajo rango, pero la inmensa mayoría tuvo capacitación especial en la teoría y el manejo de armas.

En la reestructuración en marcha de la seguridad pública, los responsables deben hallar mecanismos efectivos de "marcaje personal" (además de hacerlo con ex policías y ex prisioneros) sobre quienes alguna vez fueron dados de alta en las Fuerzas Armadas, a fin de inhibir el riesgo de que los ex militares se conviertan en matones. ■■

cmarin@milenio.com

